

8. A los que me honran, yo honraré

«En cuanto a estos cuatro jóvenes, Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y sabiduría; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueño.» (Daniel 1:17)

«Cumplidos, pues, los días al fin de los cuales el rey había dicho que los trajesen, el jefe de los eunucos los trajo delante de Nabucodonosor.» (Daniel 1:18)

«Y el rey habló con ellos, y entre todos ellos no fueron hallados otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así estuvieron, pues, delante del rey.» (Daniel 1:19)

«Y en todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino.» (Daniel 1:20)

Dios siempre honra lo correcto. La juventud más prometedora de todas las tierras subyugadas por el gran conquistador había sido reunida en Babilonia; sin embargo, entre todos ellos, los cautivos hebreos no tenían rival. La forma erguida, el paso elástico, el semblante hermoso, los sentidos intactos, el aliento puro, todo ello eran tantos certificados de buenos hábitos, insignias de la nobleza con la que la naturaleza honra a quienes obedecen sus leyes.

Durante los últimos tres años, los jóvenes hebreos habían estado adquiriendo una sabiduría diferente al aprendizaje de los caldeos; Dios les había estado dando un conocimiento de Él mismo. Se habían puesto en la relación correcta con Dios, y Él podía confiarles un conocimiento profundo de las verdades eternas.

Los hábitos y el entendimiento de los jóvenes que no fueron instruidos por Dios estaban de acuerdo con el conocimiento que proviene de las prácticas idólatras, y que deja a Dios fuera de su cálculo. Daniel y sus compañeros, desde el principio de su experiencia en la corte del rey, estaban adquiriendo una comprensión más clara, un juicio más sólido y preciso que todos los hombres sabios del reino de Babilonia. Se colocaron donde Dios podía bendecirlos. Siguieron reglas de vida que les darían fortaleza de intelecto y les procurarían el mayor beneficio posible del estudio de la Palabra de Dios.

Mientras Daniel fue fiel a sus deberes en la corte del rey, mantuvo tan fielmente su lealtad a Dios, que Dios pudo honrarlo como Su mensajero al

monarca babilónico. Fue a Daniel a quien Nabucodonosor, incapaz de obtener ayuda de sus sabios, recurrió para que le diera cuenta de su sueño olvidado y su interpretación.

Daniel y sus compañeros buscaron al Señor, y a Daniel le fue revelado el sueño y su significado. Y cuando hubo relatado al rey la visión que Dios le había mostrado, Nabucodonosor dijo:

«Ciertamente, el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de reyes, y revelador de misterios, ya que pudiste revelar este secreto.» (Daniel 2:47)

La historia de Daniel y sus compañeros ha sido registrada en las páginas de la Palabra Inspirada para beneficio de la juventud en todas las edades sucesivas. Lo que los hombres han hecho, los hombres pueden hacer.

Si los jóvenes hacen la entrega sin reservas de la voluntad que Daniel hizo, Dios los ayudará como ayudó a Daniel. Si aprecian las oportunidades que Él les da para crecer en el entendimiento de Él, Él les dará sabiduría y conocimiento, y llenará sus corazones de altruismo. Pondrá en sus mentes pensamientos que los inspirarán con esperanza y coraje mientras buscan traer a otros bajo el dominio del Príncipe de Paz. Contarán con la cooperación de Dios y de los ángeles. Realizarán con diligencia la suma de su salvación, Dios obrando en ellos tanto el querer como el hacer por Su buena voluntad.

Cuando Daniel estudió la Palabra de Dios, su entendimiento se hizo cada vez más claro; y al comprender sus principios ennoblecedores, se propuso en su corazón formar un carácter que Dios pudiera aprobar. No podía prever el resultado de su determinación de ser fiel a Dios en las cortes de Babilonia; pero resolvió que, incluso a costa de perderlo todo, preservaría su integridad. Y el Señor le cumplió la palabra que había prometido:

«...a los que me honran, yo honraré.» (1 Samuel 2:30)

Hay un estímulo maravilloso en la historia de Daniel para los jóvenes que hoy se esfuerzan por adquirir conocimiento. En Su Palabra, el Señor ha dejado a Sus hijos un instructor divino que nunca defraudará a quienes buscan su dirección

con un corazón sincero. Sus enseñanzas impartirán una fortaleza de carácter y un desarrollo mental que ningún otro libro puede dar.

Que el estudiante haga de la Palabra de Dios el principal libro de estudio, dando a todas las demás ramas del saber un lugar secundario. Y a medida que el corazón se abre a la entrada de la Palabra, la luz del trono de Dios brillará en el alma.

La Palabra, atesorada en el corazón, brindará al estudiante un tesoro de conocimiento de valor incalculable. Sus principios ennoblecedores imprimirán en el carácter la honestidad y la veracidad, la templanza y la integridad.